

Julio Fajardo Herrero

Asamblea ordinaria

Primera edición, 2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Julio Fajardo Herrero, 2016

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de la cubierta: © Zhuoran Zhao

Fotografía del autor: © Georgie Uris

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-85-6

Depósito legal: B. 16.820-2016

Impreso por Reinbook, serveis gràfics S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Asamblea ordinaria

Y luego está la gente que vive en otra ciudad o con la que tampoco te ves mucho, los amigos que de todas formas acaban enterándose aunque tú ya no les cojas el teléfono muy a menudo, precisamente porque casi nunca te sientes con ánimos para contarles nada. El día que por fin se lo coges siempre empiezan haciéndote ese reproche, que por otro lado es comprensible, de lo desaparecida que estás o lo difícil que es dar contigo últimamente. Enseguida te preguntan cómo te está yendo todo y ya sí que no te queda otro remedio que ponerles al día y hacerles un resumen. Cuanto más tiempo hace que no hablas con ellos, menos crédito dan y más fuera de juego los dejas. Por mucho sentido del humor que intentes echarle y mucho hierro que le quieras quitar, tampoco tardas en notar cómo se tensan a medida que el cuadro que les pintas se va poniendo cada vez más negro. Tienes la sensación de que ellos mismos ya nunca hablan de trabajo y por ejemplo notas que les cuesta preguntarte por la niña, con lo normal que es preguntarte por la niña, porque es casi como si al hacerlo estuvieran implicando una pregunta sobre su manutención

(aunque a la vez eres consciente de que a lo mejor estás viendo implicaciones donde no las hay y bien podría ser que fuera solo cosa tuya, seguramente). En todo caso, sabes que su interés es sincero y por mucho que te cueste sientes que no está mal ponerles al corriente, y al final de todo ese relato suele ser cuando terminan ofreciéndote dinero. Siempre tardan siglos en arrancar y luego dan miles de vueltas, pero es muy fácil advertir el exceso de tacto y la sucesión de circunloquios que lo preceden y enseguida te das cuenta de adónde están queriendo llegar. Les suele costar tanto que a veces hay un momento en que de repente lo ves todo como desde fuera, y es entonces cuando no puedes evitar preguntarte quién estará más incómodo, si tú cuando ya sabes lo que te van a decir o ellos cuando aún están preparándose el terreno, perdidos en ese atolladero de eufemismos en el que siempre se meten antes de decírtelo, y va todo como por campos semánticos. Te pueden decir algo así como que oye, que si en algún momento os veis muy atascados y podría veniros bien un empujón, o que si estáis un poco con el agua al cuello y de repente os hace falta que alguien os eche un cable, y es muy curioso cómo nunca dicen *dinero* ni *pasta* ni ninguna otra palabra de las que normalmente se usan para designar ese concepto. Te dicen que si por lo que sea llegas a verlo muy mal que por favor cuentes con ellos, que les des un toque que para algo hay confianza. Nunca se les ocurre pedirte un número de cuenta ni decir que el próximo día hábil piensan ir a hacerte un ingreso —que por otro lado es algo a lo que tú tampoco ibas a estar dispuesta—, sino que no seas tonta y que cuando sea haga el favor de contar con ellos y avisarlos, que tampoco es que ellos

estén increíblemente boyantes pero que algo de colchón sí que les queda y que de verdad no le verían mayor utilidad que la de poder echar una mano en un momento dado. Y que por supuesto luego no se os ocurra tener prisa ni apuraros, ni a ti ni a él, que ya se arreglará cuando os venga bien y que sepáis que va completamente en serio y no lo dicen por decir, que dicho queda. Lógicamente tampoco es cuestión de ponerse muy exigente, pero lo que a mí más me cuesta entender es cómo no ven que ese momento de agobio, del que por algún motivo se empeñan en hablar como si fuera solo un supuesto, en realidad hace tiempo que ha llegado. De hecho, ya hace bastantes meses que estamos *muy agobiados* y en el fondo ellos lo tienen que saber, porque si no jamás se habrían animado a ofrecernos nada. Yo me imagino que lo que hay que inferir de ese planteamiento, porque si no no me lo explico, es que primero hay un nivel de agobio en el que procede que un amigo se ofrezca a prestarte dinero y luego, más adelante, resulta que hay otro peor —al que se supone que nosotros no hemos llegado todavía— en el que ese amigo ya no te ofrece dinero sino que va y te lo presta. Además, es completamente distinto aceptar algo así cuando alguien te lo ofrece que tener que llamar tú para pedirlo. Esto está sonando muy desagradecido y me da rabia, porque lo cierto es que lo agradezco de todo corazón y por supuesto que me conmueve mucho cada vez que alguien se ofrece y soy consciente de la suerte que es tener alrededor a gente así. Más allá de lo violenta que me pone o de la inenarrable humillación que siento cada vez, también tengo que reconocer que me dan una alegría y me hacen sentir querida y consolada, lo cual no es poca

cosa. Lo que pasa es que en parte también noto que ese consuelo es casi como el que les dan los curas a los condenados a muerte justo antes de mandarlos a la silla eléctrica, porque pienso que puede que no sea tanto una cuestión de afecto como de compasión. Y por supuesto que me gustaría no tener pensamientos como el de que si te lo ofrecen es porque hasta cierto punto saben que es muy poco probable que acabes aceptando, o porque parten de la base de que, cuando lo que se te queda sin pagar todos los meses es nada menos que la hipoteca, los trescientos o seiscientos o como mucho mil euros que te pueda prestar un amigo difícilmente van a poder solucionarte una papeleta demasiado seria a largo plazo. Por mucho que ahora mismo esa cantidad para nosotros sea una verdadera fortuna, el hecho de haberla aceptado enseguida no iba a ser más que otro quebradero de cabeza que añadir a la lista de cosas pendientes —otra losa que sumar a lo que ya les debes al banco y a tu madre y a los padres de tu pareja— y desde ese momento te va a tocar componértelas con la noción de que ahora también le debes dinero a un amigo que tampoco es millonario, ni mucho menos. Por eso digo que si te lo ofrecen, aunque no dudo que sea con la mejor intención, en parte es porque también saben que no vas a aceptarlo.

Yo lo que de verdad me pregunto es si alguna vez, aunque solo haya sido un día, al entrar en ese vestidor tú has podido pensar en toda la gente a la que has ido exprimiendo a lo largo de estos años. Estaría interesadísimo en saber si alguna vez has visto la relación tan directa que hay entre el tamaño de ese vestidor y el punto hasta el que te has permitido exprimir a cada uno, aunque la verdad es que me sorprendería. Discreto sí que eras, mogollón, eso hay que reconocértelo. En el trato por supuesto, pero también, por ejemplo, hasta pasado cierto tiempo nadie se daba mucha cuenta del dineral que llevabas puesto encima cada día. Se te veía moderno y bien combinado y con la ropa siempre nueva y que te quedaba como un guante, eso por descontado. Pero al empezar a trabajar allí igual tenían que ir pasando las semanas para poco a poco ir comprobando que casi nunca repetías prendas y que todas tus camisas eran buenas, todas las deportivas de serie limitada y los abrigos siempre retro tipo inglés. Porque sí que eras muy elegante pero nada ostentoso. No se te habría ocurrido nunca yo qué sé, llevar esas camisetas horribles de nuevo rico

con los logotipos de las marcas estampados en grande en el pecho. A lo mejor al final la gente acababa dándose cuenta de que llevabas cosas carísimas, solo que antes igual tenían que fijarse en las chapitas de atrás en los tejanos —aunque tampoco era plan de quedársete mirando ahí cada vez que pasabas—, o en las etiquetas de los jerséis cuando te los quitabas y los dejabas estirados sobre el respaldo del sofá de tu despacho. Le Corbusier, por cierto. A mí me parecía lo más sentarme en ese sofá y mirar por aquel ventanal enorme y ver a mis pies casi media Barcelona, con el dildo gigante y los cuatro picos horrorosos de la Sagrada Familia a un lado, y al otro las torres MAPFRE y ese edificio inteligente de Gas Natural donde hubo no sé qué problema con la electricidad estática y a todas las trabajadoras les salió como una especie de celulitis mutante en los muslos. Yo recuerdo que, cuando fui a hacer la entrevista y me senté por primera vez en ese sofá, me quedé anonadado con la panorámica. Eso y que además me dio como muy buena onda verte tan desenfadado y tan joven, aunque más tarde me enteré de que en realidad tenías algunos años más de los que aparentabas. Me encantó que fueras así vestido rollo estiloso informal y que hablaras en un tono tan distendido y que además dijeras cosas como que tú con tus empleados lo que buscabas era siempre una relación de igual a igual. Estando muy claro quién tomaba las decisiones, pero de igual a igual. Si te digo la verdad, yo creo que todavía estoy pendiente de encontrar en el mundo una sola relación de igual a igual. Cuidado que sí te tengo que reconocer que, acostumbrado al típico jefe déspota y cortijero de casi todas las empresas que he conocido en mi vida, para mí fue todo un descubri-

miento encontrarme con uno que nunca levantaba la voz y que al menos sabía hacer como que te escuchaba, o que a veces se interesaba por tu vida personal y hasta repartía por la oficina las botellas de Juvé & Camps que le mandaban los proveedores en Navidad. En la entrevista recuerdo que te pusiste a revisar mi currículum y leíste que había estado un curso de Erasmus en París, porque yo soy un poco capullo y por aquel entonces todavía creía que era buena idea ponerlo (supongo que entendiendo que animaba a la gente a pensar que hablaba bien francés y que además me daba un aire así como supersofisticado, cuando en realidad lo único que pasaba era que me hacía quedar como un novato recién salido de la facultad, y no era el caso). Estuviste un buen rato leyéndolo y viste el año en que había ido y seguramente no te acuerdas pero dio la casualidad de que los dos habíamos estado viviendo allí en la misma época. Nos pusimos a hablar un poco de nuestras respectivas experiencias y resultó que para los dos había sido como una época especial en nuestras vidas, una de esas etapas memorables en las que te pasan un montón de cosas importantes. Claro que evidentemente cada uno a su nivel. Tú con tu apartamento de soltero en *le 5^e* y tu curso en la ENSAD y yo con mi residencia universitaria en el quinto pimiento y mi bicicleta de octava mano y mis compras en el Ed, que a lo mejor ni lo conociste pero viene a ser la versión francesa del Dia. Yo te juro que salí de allí convencido de que me había explicado fatal y de que no había sabido venderme nada bien. Por eso al día siguiente, cuando me llamaste tú personalmente para ofrecerme el puesto, me dio por pensar que si me habías elegido a mí seguro que era porque habíamos conectado

con lo de París. Ya ves tú. Todo esto lo recuerdo y siento mucha vergüenza retroactiva, porque sé que luego una vez le conté esta teoría mía a la que estaba entonces en expediciones —que además es algo que ahora me parece de todo punto inverosímil—, antes de poco a poco ir descubriendo que en realidad a ti te daba lo mismo ocho que ochenta y que, con tal de no andar perdiendo el tiempo, por norma general te quedabas con el primer candidato al que entrevistabas, te daba exactamente igual mientras el interesado tuviera el título y hablara inglés y estuviera dispuesto a encerrarse allí de nueve a seis por la miseria que pagabas. Y yo dudo mucho que a ti te haya pasado nunca, pero por otro lado qué curioso es que, cuando uno empieza a trabajar en un sitio nuevo, muchas veces lo acoge la gente de la oficina con la que luego no va a tener nada que ver. Lo digo por lo de haberle confesado aquello justamente a la de expediciones. Yo supongo que en parte es porque, al no conocer a nadie, tú tampoco vas a andar eligiendo, o porque al principio siempre estás un poco incómodo y nunca eres tú mismo sino una especie de niño grande, como muy ingenuo y superamable, que sonrío todo el rato a todo el mundo y reacciona a todo lo que le dicen procurando no juzgar, siempre con una expresión en la cara como de asombro permanente. Lo que también entiendo es que la gente más predispuesta a acoger a alguien así de pánfilo en su grupo de amigos del trabajo, o la que cree que acogerlo le puede servir de algo, luego tampoco suele ser la gente con la que a uno le apetece juntarse cuando por fin se comporta como es, o cuando digamos que ya se expresa libremente y ha revelado su verdadera forma de ser.

Cuando trabajaba haciendo habitaciones en un hotel aprendió a diferenciarlas de las que sí eran sus mujeres. Para empezar, las casadas o las novias serias siempre llevaban equipaje y solían quedarse varias noches. Cuando las casadas o las novias serias subían del desayuno y a lo mejor ella estaba pasando el polvo o fregando el baño, tenían muchos menos reparos en hacerle ver cuánto las incordiaba, o en pedirle que por favor saliera un momento o que la ropa mejor la dejara como estaba. A las que no eran sus mujeres se les notaba que les daba vergüenza encontrársela allí, o bien les hacía mucha gracia, sobre todo cuando también estaba el hombre. A veces se ponían a pedirle cosas o a darle indicaciones sin que viniera muy a cuento, como con retintín, jugando a interpretar el papel de la señora de la casa solo para incomodarlo un rato a él. Si por ejemplo las veía en el vestíbulo o por los pasillos también sabía reconocerlas solo por los andares, bien por lo acaramelados que iban cuando llegaban en pareja o por ese aire como de exploración cuando venían ellas solas, como de no estar pensando tanto en sus cosas sino más bien

fijándose en todo lo que se iban encontrando por el camino, porque era como si de repente todo les llamara mucho la atención. La chica a la que vio entrar en su cocina la mañana de Todos los Santos tenía esos mismos andares. A eso de las tres el sobrino se la había traído a casa, susurrándole algo al entrar, y uno de los dos se había tropezado con un mueble, aunque en realidad a esa hora su sueño estaba siendo demasiado ligero como para quedarse tranquila con la idea de que la habían despertado. Se habían metido en la habitación y después ella los había estado oyendo un rato largo, a la chica riéndose y a él sobre todo chistando. Al final se había quedado otra vez medio traspuesta pero al poco se había vuelto a despertar con el pum pum pum, no demasiado escandaloso pero sí perfectamente audible, del cabecero contra la pared que daba al pasillo. De todas formas no había durado mucho y después ya sí que había dormido de un tirón hasta las siete, de cuatro y media a siete, porque debe de hacer por lo menos diez años que no consigue dormir hasta más tarde de las siete. Esa mañana se vistió con un conjunto bastante más elegante que los de los días de diario, hizo café y se sentó en la cocina con la radio muy bajita a esperar hasta las nueve, que era una hora que ya le parecía más normal para ir a llevar flores al cementerio. En ese rato, asomada a la ventana vio llegar a una de las dependientas dominicanas de la panadería de enfrente, la que siempre llamaba a los clientes «guapo» y a las clientas «cariño», y al tapicero de al lado, que no abría en días festivos pero aun así decía que prefería pasarlos escondido en el taller a estar en casa. A eso de las ocho y cuarto empezó a sonar un móvil y ella oyó cómo la

chica salía corriendo de la habitación de su sobrino para poder hablar sin molestarlo a él, aunque sin duda la llamada tenía que haberlo despertado. La chica cerró la puerta al salir y empezó a pasearse por el pasillo mientras hablaba, procurando no hacer demasiado ruido y con esa voz grave y muy tomada que tiene la gente que se ha pasado la noche fumando y hablando en locales donde ponen la música muy alta. Ella podía verla perfectamente reflejada en la puerta de cristal de la cocina, que estaba abierta y hacía de espejo, vestida solo con una camiseta de tirantes oscura y unas bragas de un color que en el reflejo apenas se distinguía del de la piel. Al principio le pareció que podía estar hablando con su madre, porque no paraba de repetir que estaba bien y que de verdad que todo había ido bien, pero luego la oyó decir varias veces «tía» y decidió que tenía que ser alguna amiga. A mitad de la conversación, la chica interrumpió un momento lo que le estuviera diciendo su amiga para contarle que acababa de salir del dormitorio del chico al que había conocido en la fiesta y que «estaba flipando», porque en el pasillo tenía un aparador muy antiguo lleno de fotos de niños de ahora, de las que les hacen en el colegio, pero también de niños como de los años ochenta y de bodas y celebraciones familiares de otras épocas, con marcos plateados y también con esos marcos enormes con paspartú de felpa y varios huecos con distintas formas geométricas para poner fotos de distintos tamaños. Ella enseguida se imaginó a su sobrino hacía unas horas en un bar, tratando de convencer a aquella chica de que se viniera a dormir con él y obviando, por supuesto intencionadamente, el detalle de que desde hacía un mes y medio vivía en el

piso de la hermana mayor de su madre. De paso logró resolver el misterio de por qué, al oírlos llegar a las dos de la madrugada, no había visto colarse ninguna rendija de luz por debajo de su puerta. La amiga había llamado a la chica para pedirle algo, probablemente un número de teléfono, y la chica le dijo que ahora mismo se lo enviaba, pero que la próxima vez era mejor que se esperara a que le contestara los mensajes. Ella la oyó despedirse y luego fue viéndola acercarse por el pasillo medio adormilada, todavía solo en el reflejo de la puerta, y enseguida estiró un brazo para apagar el transistor. La chica entró en la cocina bostezando y agarró el tirador de la nevera con una mano sin apartar la vista del móvil mientras tecleaba con la otra, pero cuando le dio a enviar sí que miró por fin al frente y se la encontró sentada en el taburete en el hueco entre la encimera y la puerta de la terraza. Ella le dio los buenos días y, antes de corresponder, la chica abrió mucho los ojos y sucumbió a tres estornudos muy fuertes y muy seguidos. Tenía el rímel de la víspera todavía corrido casi hasta las mejillas. Al pasarle un par de servilletas de la cestita que tenía al final de la encimera, ella no pudo evitar pensar que la chica estaba dejando el trabajo a medias cuando vio que solamente se sonaba.